

Histórica Salvaje

NORBERTO VIÑAS

# SALAZAR

España 1939. La República ha vencido



REPÚBLICA DE SOMBRAS 1



Del texto: © Norberto Viñas, 2026

De la edición: © Los Libros del Salvaje, 2026

Primera edición en Los Libros del Salvaje: octubre 2026

Título

*Salazar - República de Sombras 1*

Colección Narrativa Salvaje 3

Ilustraciones

Portada diseñada por: Laura G. Loaisa

Editorial

**Los Libros del Salvaje**

Aldea Betán, 12

32704 Baños de Molgas (Ourense)

<https://loslibrosdelsalvaje.com>

Este libro ha sido impreso con papel libre de cloro y con certificación FSC,  
procedente de bosques gestionados de forma sostenible.

Impreso en Gráficas Ulzama Digital

Pol. Ind. Areta, C./ Altzutzate 51.

31620 Huarte (Navarra)

ISBN: 978-84-129435-8-0

Depósito Legal: OU 182-2026

**REPÚBLICA DE SOMBRAS 1**

# **SALAZAR**

**España 1939. La República ha ganado**

**NORBERTO VIÑAS**



## PRÓLOGO

**E**l centinela nacional cayó de rodillas con un gorgoteo húmedo. Miñambres retiró el cuchillo y el cuerpo muerto se desplomó, sin ruido; solo el chop, chop de las gotas sobre el suelo. Noche negra, sin luna. A treinta metros, la trinchera nacional: parapeto de sacos, alambre de espino, luz mortecina filtrándose por una tronera.

Miñambres escupió sangre del enemigo y limpió el filo contra la pernera. Miró a Salazar y levantó dos dedos.

Dos minutos.

Detrás, ocultos entre los robles, ocho hombres esperaban la señal. La última operación de la guerra.

Salazar rodó sobre el costado y sintió el pinchazo de siempre: la bala que seguía alojada entre la quinta y sexta costilla desde Teruel. El barro le cubría medio rostro y goteaba desde el pelo revuelto. Cuarenta y dos años, metro setenta y cinco, sesenta y cinco kilos en mojado de nervio y mala leche. Demasiado mayor para estar jugándose el cuello en una trinchera gallega, pero allí estaba.

La lluvia fina les empapaba los uniformes. Una bruma densa despejaba las narices y el aire entraba como cuchillas. Bajo el cuerpo, la tierra parecía reclamarlos para sí.

—Tengo los huevos encogidos como dos canicas.

El comisario miró al Limón, que tiritaba con los dientes apretados. Aún con la cara cubierta de lodo, el tono amarillo de la ictericia destacaba en la oscuridad.

—Es que hace un frío de cojones —susurró Lorenzo, cuya mata de pelo antirreglamentaria se desparramaba sobre los ojos, dándole aire de perro pachón.

—Callaos, coño —siseó Salazar—. Dos minutos y saltamos.

Una gotera constante desde lo alto de los árboles le martilleaba la cabeza. El plac, plac del agua en su nuca marcaba cada segundo. Justo antes de llegar a los dos minutos, sintió un leve codazo en el brazo derecho.

—¿Vamos o qué? —preguntó con voz baja Malaguita.

Jodido Malaguita, pecoso cagaprisas, siempre tan impaciente.

—Tú primero —contestó y levantó la mano; el gesto puso en alerta al grupo.

Los ocho hombres se tensaron entre los robles.

Malaguita saltó primero, la bolsa de granadas golpeándole el costado. Aterrizó sin ruido y rodó contra el parapeto. Dos. Tres. El Limón con la mochila rebotando en la espalda. Cuatro. Cinco. Seis. Lorenzo tropezó al saltar en silencio; el rostro blanco de miedo bajo el barro. Siete. Ocho. El último desapareció en la oscuridad.

Nueve hombres dentro. Lo habían hecho tantas veces...

Salazar apretó los puños y se impulsó hacia adelante. «Me toca».

Corrió, encorvado, los treinta metros. Podía ver la cabezota de Miñambres asomarse regularmente, vigilando su carrera. Llegó al borde.

Y entonces estalló una bengala. Blanco. Cegador. Como el día.

Ráfagas cortas, precisas. Se tiró al suelo y el golpe le vació los pulmones. Sacó el PPD, apretó el gatillo. El subfusil le vibró en las manos. Casquillos calientes rebotaron contra su cara.

Dentro, gritos.

—¡A mí la Legión, hijos de puta!

El estómago se le fue a los pies.

—¡Lejías, son lejías! —gritó Miñambres desde el interior de la zanja.

El comisario recargó. No había tenido tiempo ni de saltar a la trinchera. Disparaba contra los fogonazos al frente, a menos de veinte metros.

Malaguita apareció en el borde del parapeto. Cara de sorpresa. Del pecho le brotó una flor roja. La bolsa de granadas todavía col-

gaba de su hombro. Se desplomó sin un grito. Rebotó una vez. Muerto.

Unos metros dentro, otro de los soldados —¿López? ¿Rebollo?— salió despedido de la trinchera.

Dos muertos. Siete dentro.

Salazar vació el cargador hacia las troneras. El PPD quemaba. Giró sobre sí mismo y rodó dentro de la trinchera.

Caos: gritos, explosiones, balazos. Miñambres aullaba órdenes.

Poco a poco, balanceándose, la bengala dejó de dar luz. Las sombras crecieron.

Había caído sobre el cuerpo de Malaguita. Cara con cara. Rodó para apartarse del cadáver. La sangre ya no se distinguía del barro.

—¡Comisario, aquí! —Miñambres lo agarró del correa y lo obligó a incorporarse. Con la otra mano, como un titán, arrancó la bolsa de granadas del muerto.

Avanzaron notando el zumbido maligno de las balas por encima de sus cabezas. Sortearon otro cuerpo y Salazar confirmó que era Rebollo. Le faltaba media cara.

Cinco hombres apelotonados tres metros más allá. Lorenzo disparaba como un energúmeno, apoyando el cargador del subfusil en un pequeño saliente para ganar estabilidad.

Los demás respiraban como animales. Se levantaban y a ciegas disparaban hacia el primer reducto, a menos de diez metros.

—¿Cuántos? —jadeó Salazar.

—No lo sé. Pero legionarios de los de verdad, comisario. ¡Me cago en las infiltraciones de rutina!

El comisario apretó la mandíbula. Allí solo tendría que haber habido reclutas desmoralizados. Soldados nacionales cansados de una guerra perdida. Siempre según el Servicio de Inteligencia Militar; el SIM, el puñetero SIM. Pero no. Lejías, los putos lejías.

Una ráfaga pasó rozando. Barro, astillas, fragmentos de tela de saco terrero llovieron sobre ellos. Miró hacia atrás. Treinta metros de oscuridad hasta los robles. Salir era morir en campo abierto.

Miró hacia adelante. La trinchera giraba a la izquierda y luego a la derecha. Un reducto en cada calle.

—Para atrás no es opción —escupió—. Solo queda adelante.

Miñambres lo escudriñó y asintió despacio. Iba a decir algo pero Lorenzo cayó encima de él, con las manos en el cuello. La bala le había atravesado la garganta. Borboteó. Intentó decir algo; solo salió un fluido rojo por la boca.

Sus rodillas golpearon el suelo, luego se dobló para atrás.

—¡Hijos de puta! —bramó el Limón. Tomó el lugar del herido y vació un cargador contra el reducto en un instante.

Acomodaron el cuerpo inerte de Lorenzo en medio de la tormenta de balas. Sentado. Tan pálido que parecía brillar en la oscuridad por entre la costra de barro y sangre. Las manos sobre el regazo.

Miñambres sacaba granadas de la bolsa de Malaguita.

—¿Quién lanza?

—Tú y yo. López y Rosendo limpian. El resto cubre —ordenó Salazar a voz en grito.

Quitaron los pasadores con los dientes. Las granadas volaron. Tres segundos. Las explosiones estallaron juntas. Fogonazo naranja. Humo. Gritos.

—¡Ahora!

López corrió, pegado a la izquierda. Rosendo a la derecha. Recorrieron los diez metros a tiros. El humo flotaba, denso. Limón cubría con fuego alto hacia el reducto.

Salazar avanzó con Miñambres. La trinchera era estrecha, metro y medio como mucho. López y Rosendo recargaron. Con cuidado, metieron las bocas de las armas por las troneras, dispararon hasta que sonó el clang de cargador vacío.

Tres cadáveres dentro. Dos, destrozados por las granadas. El tercero con dos balazos en el pecho.

Cuando Salazar entró, López recargaba y Rosendo revisaba los cuerpos con el pie. Algo se movió bajo los sacos. Un legionario. Levantó el brazo. Pistola. Disparo.

La bala entró por la sien de Rosendo y salió por el otro lado.

López reaccionó instintivamente soltando un chorro de balas. El legionario saltó con cada impacto hasta quedar desmadejado entre los sacos que había usado de cobertura.

Rosendo no se movía. Un ojo abierto, el otro vaciado.

Cuatro muertos. Seis vivos.

Salazar apoyó la espalda contra la pared ennegrecida del cubículo. Los pulmones le ardían.

—¿Cuántas granadas?

Miñambres revisó la bolsa.

—Tres.

El comisario asomó la cabeza por la puerta reventada. La trinchera seguía. Giraba a la derecha. Veinte metros más allá, el segundo reducto.

Desde allí llegó un grito.

—¡Arriba España!

Ráfaga. Salazar se tiró al suelo.

López, de pie, miraba el cadáver de Rosendo.

—Joder —susurró—. Joder, joder, joder.

—López, céntrate.

El soldado parpadeó. Las manos le temblaban.

Miñambres se frotó los ojos.

—Mierda de humo. Hay que seguir.

Salazar miró a los cinco que le quedaban. De diez a seis.

—Espera un poco, cabo. Coged aire. Limón, vigila la puerta.

Bebieron agua de las cantimploras de latón. Alguno se refrescó y limpió la mugre de su rostro. El humo se iba despejando en aquel cinco por cuatro de vigas de madera y tierra apisonada. Los disparos habían cesado.

Miñambres miraba, incrédulo, en dirección al segundo reducto.

—¿Se habrán ido?

Salazar se encogió de hombros.

—Puede, me extraña, pero puede. ¿Quién cojones quiere morir cuando esta mierda ya se acaba?

López parecía haber recuperado algo de ánimo y colocaba bien las piernas de Rosendo, en ángulo grotesco tras la caída.

—Comisario. Esto está lleno de cadáveres. ¿Podemos salir? —dijo, una vez terminada la tarea.

Miró de reojo. Casi había más muertos que vivos en veinte metros cuadrados. Dio la orden.

—Vamos con cuidado. Atentos a las trampas. Abren López y Velarde, cierran Piñas y el Limón. Limpiamos y volvemos a por nuestros muertos.

El comisario y Miñambres avanzaban cinco metros detrás de López y Velarde, dejando que ellos abrieran camino por la trinchera abandonada. Iban encorvados, ojos fijos en el suelo embarrado, buscando los cables trampa. Profesionales. Lentos. Metódicos.

López señaló con la mano un cable fino como un pelo que cruzaba el pasillo a ras de barro. Velarde ya lo estaba bordeando en el momento en que Salazar captó un brillo extraño en el parapeto superior.

Levantó la vista justo cuando Velarde cruzaba el segundo cable. El verdadero. A la altura del hombro.

No hubo clic.

—¡Aba...!

La granada dibujó un arco perfecto desde el parapeto, directo a la espalda de Velarde. *Stielhandgranate*.

López tuvo tiempo de volverse. Sus ojos encontraron los del comisario. No había miedo en ellos, solo sorpresa. La explosión lo convirtió todo en niebla roja.

Luego nada.

Salazar escupió tierra y se pegó al parapeto con los oídos zumbando. Cable que liberaba contrapeso, no palanca. Espoleta instantánea, no retardada. Lejías.

Intentaba ponerse en pie cuando oyó el grito.

—¡Arriba España, cabrones!

No venía del segundo reducto. Venía de arriba.

Levantó la cabeza justo a tiempo de ver siluetas oscuras recortadas contra el cielo. Saltaban desde el exterior. Habían salido de la trinchera y rodeado esta por fuera.

El primero cayó como un saco de piedras sobre el Piñas, que ni siquiera tuvo tiempo de gritar. El legionario sacó un cuchillo y se lo hundió en el costado. Una. Dos. Tres veces. Rápido, profesional, brutal. El Piñas se desplomó sin un sonido.

El segundo aterrizó junto al Limón. Rodaron juntos por el barro. Puñetazos. Cabezazos. El Limón consiguió alcanzar su pala corta y sacudió un palazo de través en la pierna del otro, que aulló. Pero el legionario no soltó el machete, que más parecía una espada. Giros, gritos, cortes, sangre...

Salazar intentó sacar el Nagant de su funda. Los dedos torpes, aún aturridos por la explosión.

Algo le golpeó por detrás con la fuerza de un ariete. Un peso brutal. Cayó de bruces, la cara hundida en el barro. Una mano enorme le agarró del pelo y tiró hacia atrás. Otra le rodeó el cuello. Presión.

Salazar intentó girar la cabeza. No podía. Intentó sacar el cuchillo. Los dedos no llegaban. El antebrazo del legionario le aplastaba la tráquea como una barra de hierro.

No había aire. Los pulmones ardían. Pataleó. Inútil. El hombre pesaba el doble que él. Podía oler hasta su sudor.

Todo se volvió rojo en los bordes. Luego gris. Las piernas dejaron de responder.

«Voy a morir aquí. Voy a morir».

Y entonces el peso desapareció de golpe.

Aire. Tosió, jadeó, escupió barro. Rodó a un costado, los pulmones ardiendo.

Miñambres le había arrancado al legionario de encima. En ese momento estaban de pie, separados por un metro de trinchera embarrada. El legionario era enorme. Galones de sargento. Casco de acero sucio. Hombros como vigas de roble. Un armario de músculo y odio. Miñambres le tiró un derechazo a la mandíbula.

El sargento lo bloqueó con el antebrazo y le devolvió un puñetazo en plena boca.

Crac. Crujido de hueso y esmalte.

Miñambres escupió sangre y dientes que saltaron al barro. Se derrumbó de frente, aturdido.

El sargento levantó la bota para rematarlo. Sonreía.

Salazar, desde el suelo, sacó el Nagant del correa. Le temblaba la mano. Aún no podía respirar bien.

—Eh.

El legionario se giró. La sonrisa todavía en la cara.

Salazar disparó.

La bala entró a la altura del corazón. El hombre cayó hacia atrás como un árbol talado.

Silencio absoluto.

Salazar no podía dejar de temblar. Miñambres, en el suelo, trataba de recuperarse. El Limón a su lado, con las manos sobre el costado rajado, respirando en jadeos cortos, había rebanado el cuello de su rival a palazos, pero no parecía estar mucho más entero que el muerto.

El Piñas inerte, cosido a puñaladas.

La última operación de la guerra.

Por el rabillo del ojo, Salazar vio a los dos legionarios que quedaban vivos. Jadeantes, como ellos. Llenos de barro y sangre como ellos.

Habían tenido bastante. Todos.

Se retiraron, sin dejar de mirarse, pero nadie hizo nada por continuar la pelea. Al cabo de unos segundos, saltaron hacia afuera por el fondo de la trinchera y se perdieron de vista.

Posición conquistada. Misión cumplida.

Limón, semiinconsciente, se quejaba con gruñidos cada vez que Miñambres trataba de restañarle la sangre de los cortes.

—Está jodido. Hay que sacarlo de aquí.

Salazar asintió. Comenzaba a clarear en aquella trinchera perdida en un bosque de robles de Galicia. Quedaban tres de diez.

## CAPÍTULO 1

S alazar había desarrollado la rara maña de enrollar el cigarrillo con una sola mano. Lo hacía de tal forma que el pitillo quedaba prieto, tanto que a veces no tiraba bien y había que dar caladas a pulmón. Liar tabaco así requería habilidad. Una habilidad que mantuvo intacta incluso cuando todo lo demás se iba a la mierda en las trincheras. Una habilidad que desaparecía con el alcohol, y esa noche llevaba muchas copas de desventaja.

El perfume de tabaco negro y anís saturaban el bar. Afuera, las sirenas aún aullaban, y por las ventanas entraban fragmentos de canciones, vítores, un rumor de ciudad que por primera vez en años respiraba después de haber contenido el aliento. Hasta las paredes sudaban calor y júbilo.

Miró de reojo la botella medio vacía y luego bufó, para espantar el mareo. Se concentró tanto en su mano derecha que, durante un instante, los ruidos del bar parecieron esfumarse. El cigarrillo fue tomando forma entre los dedos, aunque arrugó el papel dos veces antes de lograr un cilindro aceptable. Probablemente lo habría conseguido de no haber sido por el codazo con el que Miñambres hizo que desparramara el tabaco por la mesa.

—Me voy a cagar en la madre que te parió —rezongó.

El cabo Miñambres, lejos de darse por aludido, esbozó una sonrisa en la que faltaban una paleta superior y un incisivo inferior.

—¡Que ya, comisario, que ya es la hora! —exclamó, entusiasmado, mientras señalaba al tabernero que peleaba con los mandos de una enorme radio, forcejeando con las ruletas del aparato.

Aquella música épica soviética que tan de moda estaba y tanto tocaba los cojones al comisario se mezclaba con carcajadas, golpes de vasos, pasos torpes.

Salazar se sirvió más licor y lo dejó resbalar por la garganta con un trago largo. Echó un vistazo a los parroquianos. Se levantó pesadamente, desenfundó el Nagant y disparó al techo.

Estampido seco, brutal.

El yeso cayó como una nevada sucia sobre la mesa, y por un segundo hasta la radio se quedó muda.

—¡Se me van a callar todos ustedes, por favor! —gritó con tono ronco, mientras Miñambres, sonriente, acariciaba el gatillo del Naranjero sin quitar la vista al grupito de oficiales de Marina, a los que, como por azar, apuntaba el subfusil.

Agradecido por el repentino silencio, el tabernero lanzó un saludo amistoso a Salazar y se enfrascó de nuevo en los controles de la radio. Esta vez tuvo fortuna: el volumen aumentó justo cuando el himno de Riego comenzaba a sonar.

Salazar enfundó el pistolón y cayó en la silla. Crujió la radio. La Pasionaria invadió las ondas. El sonido tembló un instante, distorsionado por la estática, y luego llegó con nitidez y potencia.

—¡Obreros! ¡Campesinos! ¡Antifascistas! ¡Españoles patriotas!... En el día de hoy, primero de abril de 1939, cautivo y desarmado el ejército fascista, las tropas de la República Española han alcanzado todos sus objetivos y puesto fin al fascismo en España. La guerra ha terminado. ¡Viva la República del pueblo!

El bar estalló. Vivas a la República, a Rusia, a Stalin, al glorioso Ejército Popular. La emoción era tal que algunos reían mientras lloraban; otros repartían abrazos sin conocerse. Desde la barra, el dueño anunció a gritos una ronda para todos, y la parroquia enloqueció todavía más.

Salazar apuró el vaso de un trago. El anís le quemó la garganta, pero el calor no llegó más allá. A su alrededor, rostros desconocidos gritaban palabras que ya no entendía, como si hablaran un idioma que hubiera olvidado en algún puente del Jarama. Rellenó su vaso y, luego, el de Miñambres, sin apartar la vista de la botella.

—Bebe, cabo, bebe...

Miñambres no se hizo de rogar y se atizó un buen trago de anís.

—Joder, comisario. Tanto hablar del final y ahora que se acabó... —dejó la frase en el aire, mirando el cristal vacío entre sus manos.

Salazar sonrió. Conocía bien a ese duro guerrero al que aterraba más volver a plantar alubias en su Ponferrada natal que la vida militar.

—Yo, por lo pronto, me voy a enchufar esta botella —repuso, llenando de nuevo el vaso—. Y puede que otra. ¿Te acuerdas de dónde queda la pensión?

Miñambres asintió.

—Si ves que me quiero liar a hostias con los marinos, o si me desmayo, ¿me llevarás?

—Tranquilo, jefe. Te arrastro yo si hace falta —zanjó el berciano.

Pero, dos horas después, el cabo se sumó con entusiasmo al reparto de hostias contra los oficiales de Marina, del que Salazar solo recordaría el sabor a sangre y anís, el crujido de nudillos contra hueso, las voces que gritaban su nombre desde el fondo de un túnel y el frío del suelo contra la mejilla cuando todo se fue a negro.

Aún no eran las diez de la noche cuando la Guardia de Asalto hizo acto de presencia. No tuvo que emplearse con rigor: tanto el comisario como el cabo dormían la borrachera, magullados y apoyados en una mesa, protegidos por veteranos del V Regimiento que habían tomado partido por ellos en el tumulto.

Mientras Madrid era una fiesta nocturna descontrolada y jubilosa que celebraba la victoria de la República y el fin de la guerra, Salazar y Miñambres dormían la mona en el calabozo.

## CAPÍTULO 2

Aunque ya había amanecido, gritos y vítores aún entraban por las ventanas. Los calabozos del ministerio olían a humedad y orines. Una mancha negra trepaba por la pared del fondo. Por cuarta vez en diez minutos, Giráldez consultó el reloj. Le sudaban las manos.

De servicio el día después de la victoria. Con una docena de celdas llenas de borrachos. Y en una de ellas, roncando a pierna suelta, el comisario Salazar.

Manero, el sargento de noche, había salido disparado al dejarle el relevo.

—Tienes un regalito de los buenos —le gritó el cabrón saliente.  
¡Y vaya si era un regalito!

En los calabozos se hacinaban, de a ocho, soldaditos peleones a los que el alcohol no había sentado bien. Pero en la celda seis solo había dos hombres. Y lo jodido de la puñetera celda seis era que allí estaba uno de los oficiales más duros y cabrones de todo el Ejército Popular.

Por el momento, tanto el comisario como su acompañante, un cabo grande como un gorila, dormían con el abandono de quien lleva cien años sin pegar ojo.

Repasó a fondo el informe de la trifulca, pero no encontró mácula alguna: el preso había empezado a golpear a un grupo de oficiales de Marina al grito de «¡me cago en la Marina, me cago en Prieto!». Documentado al detalle. Muy soviético, el jodido informe.

Todos los agredidos habían mostrado la intención de denunciar al comisario Salazar. A pesar de la insistencia del oficial de la

Guardia de Asalto de dejar correr el asunto, los marinos no cedieron ni un palmo en su empeño.

Y lo peor era que, salvo los tres o cuatro veteranos que habían tomado partido por Salazar, las declaraciones del resto de parroquianos fueron taxativas: el comisario había arremetido contra el grupo de marinos, secundado por el cabo Miñambres. Y allí estaban: detenidos, dormidos.

Consultó el reloj, inquieto. El fresco de la primavera empañaba los cristalitos de los bajos del Ministerio de Guerra. En un día normal faltarían pocos minutos para que hiciera acto de presencia uno de los jueces de guardia. Pero aquel no era un día normal, y la duda lo corroía. ¿Llegaría algún juez? ¿Aparecería alguien del ministerio para hacerse cargo del problema?

Giráldez, antiguo guardia civil, leal de primera hornada a la República, había sobrevivido a la purga del 37, había visto hombres morir sin pestañear. Y en ese instante le temblaban las manos pensando en despertar a un borracho.

Asentó el culo en la silla tapizada. Fijó la mirada en el cuarto del cuerpo de guardia, al otro lado del cristal. El cabo y los cuatro guardias, sentados en círculo, fumaban y cuchicheaban sin parar. Eso tampoco ayudaba mucho a los nervios del sargento, aunque no los culpaba: si él, su jefe, estaba atemorizado, era normal que ellos estuvieran cagados de miedo.

Decidió despejar un poco la mente. Fingió buscar algo en el cajón y, con disimulo, se atizó un lingotazo de coñac de una petaca desgastada. Agitó la cabeza con un pequeño espasmo mientras el escalofrío del alcohol le recorría desde el estómago hasta la nuca.

Estiró el *Heraldo de Madrid*, calentito, recién horneado, sobre la mesa. Alguna ventaja tenía trabajar en el ministerio: los diarios llegaban rápido, de la imprenta al despacho.

En primera página, el Día de la Victoria y fotografía del general Cabanellas firmando el armisticio.

Bufó, negando con la cabeza. Para él, la guerra había terminado meses atrás, cuando el general Rojo tomó Sevilla y mandó fusilar a Queipo. Lo de Galicia fue un último coletazo sangriento.

La prensa celebraba haber acabado con aquella resistencia final en suelo gallego como una gesta. Sabía que en realidad había sido una carnicería: allí se habían atrincherado los restos más fanáticos, moros y falangistas sin otra salida que morir o escapar a Portugal antes de que se cerraran las fronteras.

Hojeó las noticias breves y se detuvo en Azaña: reconstrucción, poco más. Esperaba algo más hondo. En cultura, un anuncio limpio y luminoso: Lorca volvía en mayo y la Xirgu repondría *Yerma* en el Teatro Nacional. Pensó en Pepa, en comprar entradas; y siguió.

Del cuerpo de guardia venía un olorcito a café aguachinado que no lograba tapar el hedor rancio del pasillo. Estiró las piernas, des-perezándose, y sintió ganas de fumar. Sin embargo, no tuvo tiempo de sacar el cigarrillo de su descolorida pitillera: la puerta que conectaba los calabozos con el ministerio se abrió de golpe y dejó entrar un soplo de aire fresco.

Distinguió al juez Berdasco al atravesarla, seguido por dos hombres de abrigos negros: uno flaco y pálido como un bisturí; el otro ancho, con cuello de toro y mandíbula firme. Avanzaron los tres con paso decidido hacia él. Se incorporó y abrió la puerta. Sin decir palabra, Berdasco ocupó la silla donde hacía unos segundos descansaba el sargento. Apartó con disgusto el *Heraldo de Madrid* y convidó a sus acompañantes a sentarse. Un olor a cuero nuevo invadió el despacho.

No tenía buena opinión de Berdasco. Era un comunista recalcitrante, con fama de tener un olfato especial para detectar quintacolumnistas. Durante la purga de la Guardia Civil leal, en el 37, había encarcelado a varios amigos suyos, poco sospechosos de colaborar con el enemigo, pero, a la vez, muy poco amigos del Partido Comunista.

—Tráeme a Salazar —ordenó con frialdad, sin levantar la vista de un legajo de papeles extraído de su maletín negro.

El sargento permaneció quieto. Pasados unos segundos, el juez apartó los documentos y clavó la vista en el pálido Giráldez.

—¿Algún problema de sordera? ¡Que me traigas a Salazar, co-jones!

—Pero es que sigue dormido... —balbuceó el sargento.

Berdasco pareció implosionar. Su cara se tornó granate y la boca formó un rictus aterrador. No gritó. La explosión fue hacia dentro. Giráldez hubiera jurado que la temperatura del despacho había bajado un par de grados solo con aquella mirada gélida.

—Mira, sargento, me han sacado de la cama cuando no llevaba más que un par de horas. ¿Sabes lo que quiero, camarada? Quiero volver a casa. Y no solo porque es domingo, que también: es el día después de la victoria, camarada, así que no me toques los huevos o te meto un paquete que no levantas cabeza. ¿Estamos?

Asintió. Los acompañantes del juez lo miraban con desprecio.

—¡Pues tráeme a Salazar, la madre que te parió!

~

Salazar cayó pesadamente en el asiento, soltando un suspiro quejoso. Palpó la ceja partida y torció el gesto, pero no dijo nada. No había formulado queja alguna cuando el sargento de guardia le despertó con ligeras sacudidas. Al contrario, había escuchado atentamente las explicaciones de un demudado Giráldez, a quien después siguió con paso lento pero firme hasta el despacho.

Berdasco hizo un gesto para que el sargento abandonara la sala y cerrara la puerta. Observó el rostro de Salazar, que estaba des-perezándose.

Olía a borracho, y eso era lo mejor que el juez podía decir de él. A pesar de la tentación de mostrar su mala hostia, se contuvo. Sabía muy bien que debía medir sus palabras: el tipo mal afeitado, mal aseado y peor encarado seguía contando con valedores poderosos, empezando por algunos barandas del propio Ministerio de Guerra.

—Buenos días. Soy el juez Aníbal Berdasco —saludó.

—Sé quién eres. No tendrás tabaco, ¿verdad? Y un poco de agua también me vendría bien.

Salazar lo miró a los ojos y Berdasco se sintió agitado por un momento. Rebuscó en el fondo de su maletín y lanzó, un poco más fuerte de lo necesario, un paquete de cigarrillos americanos con boquilla; un lujo poco proletario que el comisario atrapó con buenos reflejos.

Con lentitud exasperante, Salazar encendió el pitillo y aspiró dos o tres caladas seguidas que casi lo consumieron hasta la mitad.

—Buen tabaco, cojones. No como el puñetero cuarterón, que te desencaja los pulmones —exclamó—. ¿Puedo...? —preguntó al juez mientras hacía el gesto de guardarse la cajetilla.

Luego, sin pedir permiso, agarró con poca delicadeza la jarra de agua que descansaba encima de la mesa y bebió un trago largo, que parecía no tener fin; la nuez de la garganta subiendo y bajando con ruidos sordos.

Los dos rusos se revolvieron, inquietos. Berdasco movía la mano con disimulo, pidiendo calma.

—Camarada Salazar, tú y el cabo Manuel Miñambres habéis sido denunciados por varios camaradas, oficiales de la Marina de la República, que aseguran que anoche los golpeasteis sin provocación, además de proferir graves insultos y amenazas al ministro de Guerra y al cuerpo en general. ¿Tienes algo que decir al respecto?

Salazar parecía más interesado en encender otro cigarrillo que en escuchar las acusaciones.

—Pues no lo sé, no recuerdo nada. Anoche bebí mucho celebrando —repuso con un tono irónico que no pasó desapercibido para Berdasco—. Pero, de todos modos, no sé qué interés tiene una trifulca de bar para un juez como tú, ni por qué te acompaña la NKVD. Ruso, ¿verdad? —preguntó al del cuello de toro, sentado a su derecha, que le devolvió una mirada desafiante—. *Rebyata iz Lubyanki, vas legko uznat* —remató, para sorpresa del juez y de los otros dos, que se revolvieron en los asientos.

El comisario lanzó una risa seca.

—Tranquilo, que no les he mentado a la madre. Solo les he dicho que tienen un buen corte de pelo.

—Vienen en comisión de enlace —aclaró Berdasco, seco. No estaba dispuesto a perder el control. Carraspeó y puso lo mejor de todos sus años de oficio para salir airoso de aquel trance—. Tienes razón, Salazar. Lo normal es que un juez de guardia se hubiera hecho cargo y tú salieras de aquí al mediodía con una reprimenda que te pasarías por el forro de los cojones.

La sonrisa socarrona de Salazar le hizo entender que la grosería había hecho gracia, así que, como buen acusador que era, preparó palo después de la zanahoria.

—Pero tenemos un problema. Resulta que un teniente de Marina salió peor parado en tu festejo de anoche. Ahora mismo sigue ingresado con la pierna y la nariz rotas. Teniente Mario Ospina. ¿Te suena el apellido? —Desapareció la mueca burlona de la cara del comisario—. Te suena, ¿verdad? Has acertado. Se trata del hijo del contralmirante Ospina.

Tardó unos segundos en recuperarse. Aquello no tenía ni puñetera gracia. El contralmirante Ospina era jefe del Estado Mayor de la Armada, un tipo engolado y estúpido, comunista de última hora al rebufo de la victoria, pero con muchos y muy buenos contactos.

—Del uno al diez, ¿cuán jodido estoy? —trató de ironizar Salazar.

Berdasco se inclinó hacia delante y respondió sin pestañear:

—Muy jodido, comisario. Y créeme, si dependiera del contralmirante, ya estarías frente a una tapia. Pero tienes buena hoja de servicios, y debe de haber gente que te tiene aprecio, o qué sé yo, porque para que me saque el mismo Álvarez del Vayo de la cama y me pida prudencia...

Álvarez del Vayo le caía como una patada en los cojones, pero si intercedía por él era que alguien le estaba haciendo un favor gordo. Pensó en Hernández Sarabia, en Pepe: tenía que haber sido Pepe. Salazar sonrió; su antiguo jefe en la defensa de Madrid ya le había sacado de muchas. Lo mismo libraba también de aquella.

»No te alegres tanto ni tan pronto —continuó Berdasco—. Eres reincidente y no puedes salir de rositas, provocaría un proble-

ma serio con la Armada y nadie quiere eso. Podríamos ir a consejo de guerra, y te garantizo que te caería una pena importante con cualquier magistrado, pero —el juez suspiró sin darse cuenta— ese consejo de guerra tampoco parece conveniente, así que se te propone un trato.

Salazar encendió otro cigarrillo y animó con un gesto para que continuara.

»Doce meses para ti en el campo de reeducación de Valmuel, y dos años en el penal del Dueso para el cabo Miñambres.

El comisario chasqueó la lengua, pero no dijo nada. Una pequeña cucaracha cruzó, veloz, por debajo de la mesa, atrayendo la atención de uno de los rusos, que, rápido, lanzó un pisotón que destripó al bicho y dejó una mancha parduzca en el suelo. En todo el proceso no dejó de mirar con fijeza al comisario.

—Mira, señor juez, voy a aceptar, pero con una condición: al cabo Miñambres se le reduce la pena y se le manda conmigo al campo ese de reeducación. Si no accedes, me niego. Vamos a consejo de guerra y, si me tienen que fusilar, pues me fusilan.

Berdasco no se inmutó. Las instrucciones de arriba eran claras —Salazar a Valmuel—, pero la condena al cabo Miñambres la había pensado a la vez que redactaba el acuerdo, ya que no había recibido instrucciones al respecto. Encogió los hombros y aceptó.

—Me parece bien —aceptó—. Modificaré el documento ahora mismo.

Con un gesto llamó a Giráldez, que, junto al resto de la guardia, se mantenía atento al otro lado del cristal. El sargento llegó, veloz.

—Dime, camarada.

—¿Tienes una máquina de escribir?

En lugar de responder, Giráldez caminó hacia un armario de metal y sacó de él la funda de cuero negro de una Olivetti. Cerró la puerta con el pie, se acercó y la colocó sobre la mesa con cuidado, como si depositara un arma.

Berdasco levantó la tapa. El metal estaba manchado de tinta y polvo de grafito. Giró el rodillo y dejó a mano una cinta bicolor,

negra y roja, gastada en los bordes. Con precisión casi quirúrgica, alineó el documento sobre el carro, comparando los márgenes como un artillero que calibra su pieza.

Con la uña del pulgar raspó despacio la línea que quería borrar. El papel crujió. Giráldez le tendió el trocito de goma dura, impregnado en alcohol, con el que solían borrar las erratas. El juez, suavemente, retiró la película de tinta letra a letra, hasta dejar un hueco mate, casi translúcido.

La máquina cobró vida con un clic metálico. El golpe de cada tipo sonó como una detonación controlada: clac, clac, clac... cling. El olor a tinta, aunque tenue, se hizo presente. Escribió la nueva frase sin pestañear, las letras hundiéndose sobre la piel raspada del papel.

Al acabar, levantó el documento y lo observó al trasluz. La línea vieja era apenas una sombra bajo la nueva.

—Así está bien —decidió, bajando la palanca del carro.

Y el cling final pareció el disparo que sellaba la sentencia.

Salazar leyó por encima, sin mostrar emoción. Firmó con la parsimonia de quien se apunta a algo que no va con él. Solo alzó una ceja cuando vio a uno de los rusos recoger la copia con los dedos manchados de nicotina.

Al ponerse todos de pie, el ruso más delgado sacó unas esposas relucientes del interior del abrigo mientras mandíbula firme guardaba la mano, amenazante, dentro del bolsillo.

—Vamos a llevarnos bien, amigo —espetó el comisario.

Berdasco intervino sin alzar la voz:

—Eso no será necesario, camarada.

—Oye, señor juez, una cosa —se volvió antes de cruzar la puerta—, ¿dónde cojones está ese campo de Valmuel?

—En Teruel.

Una larga y sonora ventosidad atravesó el cuerpo de guardia desde la celda seis. Salazar lanzó una carcajada. Miñambres se había despertado.

—A Teruel, pues —espetó, sonriente.

Giráldez se repantigó en su silla con un suspiro largo. Salazar ya no era su problema. Solo quedaban soldados borrachos en los calabozos. Sacó la petaca y dio un último trago, pensando en Pepa y en las entradas para ver a la Xirgu en mayo.

Treinta días después, una bomba lo haría pedazos en ese mismo despacho. Sería el primer oficial republicano asesinado por la guerrilla fascista.

Pero esa mañana de abril solo pensaba en que el resto del turno iba a ser tranquilo.